

Libro: Familias contra corriente

Fabián Vallejos Malca¹

Fue la última edición –7ma– es del 2014; y está dirigido a los padres que buscan educar *familias contra corriente*, es un libro de David Isaacs y María Abril, que tiene varias ediciones, auténticamente a sus hijos. Actualmente no es fácil saber lo que es bueno para los hijos, padres y educadores buscan incansablemente lo más adecuado, algunas veces ceden al vaivén del tiempo por comodidad, y pocas veces se tiene la valentía de ir, como sugieren los autores, a contracorriente luchando y esforzándose constantemente por alcanzar el auténtico bien, salir de la mediocridad en todo aspecto, con la finalidad de lograr la felicidad familiar.

Este interesante libro, trabaja con claridad y sencillez de lenguaje, iluminado con casos prácticos, acerca de la valentía de educar, la felicidad auténtica y la exigencia adecuada, sugiriéndose a los padres fomentar en sus hijos el anhelo y la realización del bien debido. Los temas que especialmente se abordan en este libro son los siguientes: el orden, el servicio a los demás, el dinero en los adolescentes, el tiempo libre, las diversiones,

la participación en la vida de familia, entre otros.

Se puede comparar dos épocas distintas de la vida y educación de los hijos y las hijas. Hace aproximadamente 40 años, había un ‘estado de necesidad’, mayormente en medio rural, pequeños grupos de familia donde todos se conocían y se sabía todo de todos; en este ambiente había más tiempo para los hijos, y en ello contribuía que no había televisión, ni juguetes sofisticados. En cambio, la sociedad de hoy, se busca un ‘estado de bienestar’ en medio del consumismo y el hedonismo; las familias prefieren habitar en grandes ciudades donde todos son anónimos; a esto contribuye la televisión, el internet y los juegos sofisticados.

La pregunta clave, en la educación de los hijos, que los padres deben plantearse es la siguiente: ¿qué quiero para mis hijos? Y muchas veces se contesta a lo largo de la vida del siguiente modo: Que tengan mucho dinero, un trabajo bien remunerado, casarse con alguien de buena posición económica... todo centrado en el dinero y lo material, sin embargo, hay algo que todos los papás quieren para sus hijos e hijas: *que sean felices*. Una persona es feliz si consigue desarrollar todo lo que es de acuerdo con su naturaleza. Todo esto significa que para que los hijos sean felices tendrán que tener contacto con lo que es lo bueno y distinguirlo de lo que no lo es.

¹ Bachiller en Sagrada Teología. Maestro en Asesoramiento educativo Familiar. Docente y Capellán en la Universidad Católica Santo Toribio de Mogrovejo, Chiclayo, Perú. Email: fvallejos@usat.edu.pe

También tendrán que capacitarse para que sepan actuar congruentemente con lo que hayan descubierto.

La primera parte del libro está dedicada a considerar la valentía en los padres con el fin de descubrir qué significa “ser valiente”, y luego considerar cómo se puede vivir esta virtud en la práctica, porqué conviene vivirla y cuáles son las dificultades principales que surgen para vivirla plenamente.

Educar bien requiere padres valientes.

El riesgo de ser fuerte y la valentía

Los autores del libro afirman: “Cuánta fortaleza psíquica y física hace falta hoy en día a los padres para decir a los hijos: ¡No, hasta aquí hemos llegado! Sobre todo porque siempre preguntan por qué y muchas veces ni los mismos padres saben responder. (cfr., p. 23). Es el ejercicio de la virtud lo que nos hace virtuosos, es decir, solo al practicar actos valerosos se podrá decir que somos valientes. Y es el uso constante de cada virtud lo que nos va convirtiendo en más virtuosos. No solo se debe saber definir la virtud sino sobre todo practicarla día a día.

Los padres han de estar dispuestos a sufrir por sus hijos. La esencia de la fortaleza consiste en aceptar el riesgo de ser herido profundamente, sobre todo cuánto más próximos son esos seres y más amor haya hacia ellos. Por otro lado, deben afrontar con responsabilidad y valentía el riesgo de educar bien a sus hijos, no ceder ante las dificultades ni tampoco renunciar a los esfuerzos continuos que esto supone.

Muchas veces los padres sufren por distintos motivos buscando siempre el bien para los hijos, e incluso estos también sufren por ello; y esto porque a veces los hijos no aceptan lo que los padres consideran bien para ellos. Y los padres por su afán de

corrección exigen ‘atosigando’ a los hijos, cuando deben aprender a corregir con cariño, con ternura. Los padres sufren porque: Observan determinados comportamientos que son objetivamente malos en los amigos de sus hijos, y aunque no quieren juzgar a las personas sin tener la suficiente información, incluso perciben que sus hijos asumen esas inconductas de vez en cuando.

El sufrimiento de la familia por lograr educar en el bien a sus hijos e hijas es arduo. Quienes quieren ser buenos padres deben pasar muchas veces por el sufrimiento. Por eso hace falta estudiar, pensar, reflexionar, para ver cada vez, con mayor claridad, lo que es bueno, y así aceptar el riesgo de tener que sufrir por los hijos.

Saber lo que se aprecia

Es fundamental apreciar lo bueno. Un valor es algo que apreciamos. Si apreciamos ese algo suficientemente, lo interiorizamos y nos mueve a la acción. El problema es saber lo que realmente apreciamos, los valores que están guiando nuestras decisiones y nuestro comportamiento, no solo saberlo intelectualmente sino sobre todo de hecho o en la vida práctica. Estos valores ¿reflejan lo que es auténticamente bueno?, ¿o son valores pobres o incluso contravalores?

Actualmente, existen valores que parecen tener relevancia, estos son: el placer, el poder, el éxito, el dinero, la eficacia y la técnica. De hecho, ninguno de estos valores son malos en sí; el problema está en la concepción, que de éstos, tienen las personas. Así por ejemplo, en la vida real existen casos de padres e hijos que valoran la carrera profesional o el trabajo solo por el éxito y el valor económico y no por la vocación y el bien de la persona. Muchas de las concepciones

sobre estos valores se ven influenciadas por la televisión que motiva negativamente, por ejemplo el placer desordenado, el consumismo, etc. Muchas veces los valores se convierten en antivalores porque es fácil ser llevado por lo que hacen los demás, por lo que se “acostumbra” hacer o por reacciones no meditadas.

Es preocupante lo que sucede en el mundo de hoy y, mucho más cuando el valor de la paz, se vive en la familia como sinónimo de cero enfados, cero tensiones, cero disgustos... esto no es vivir en paz, esto es vivir con una paz mal entendida. Cuidado con no sacrificar el bienestar auténtico por una falsa o malentendida paz.

Combatir las influencias externas

La única manera de buscar el bien asiduamente es no dejarse llevar por la vida facilona. Reflexionar, discutir, estudiar y esforzarse para descubrir el bien y luego seguirlo resistiendo las influencias nocivas es bastante necesaria, aunque resulte a veces incómodo realizarlo.

Muchas familias de condición económica acomodada se dan cuenta que no están bien como familia: están más lejanos, no se aconsejan, no dialogan sobre sus experiencias de vidas... a pesar de que tienen todas las comodidades del mundo en un aparente estado de bienestar, se saben de los problemas que tienen los hijos, pero que ‘es preferible’ no tocar para ‘no herir susceptibilidades’. Muchas de esas familias se iniciaron en condición económica humilde, y a pesar de sus carencias iniciales, se sentían más realizados y felices. ¿Qué pasó? Han cambiado su felicidad por el dinero, equivocando la ecuación bienestar = dinero, olvidando el aspecto espiritual.

Esta situación es bastante común. Las familias se dan cuenta que han sido influenciados por: el materialismo, el consumismo, el subjetivismo, la permisividad, entre otras nocivas influencias. Al volver a examinar sus vidas se dan cuenta, de que realmente no quieren vivir así. ¿Cómo podrán contrarrestar las influencias que les han cambiado desde un matrimonio unido y feliz a un matrimonio descontento, y con una sensación de vacío enorme? Tienen esperanza y ganas de resolverlo. Deben reflexionar mucho, para darse cuenta del grado en que hace falta un cambio, aunque cueste esfuerzo y requiera tiempo. La respuesta está en saber tomar algunas medidas que ayuden a cortar las influencias negativas. Pueden ser cambiar de amigos, trabajo, dedicar más tiempo a la familia, interiorizar el valor de la generosidad en la familia, etc.

Padres valientes

Es preciso saber que la virtud de la fortaleza para su desarrollo exige previamente prudencia y justicia. El temor –al mal– en su justa medida es uno de los fundamentos necesarios de la fortaleza. El que realiza el bien, haciendo frente al daño y al mal, es verdaderamente valiente. Se puede hacer frente de dos maneras complementarias: *resistir y atacar*.

El *resistir* es el acto más propio de la fortaleza, significa que hay situaciones en que no hay más remedio que resistir en nombre del bien y se resiste para adherirse al bien. Los padres deben esforzarse en descubrir el bien, resistir las influencias nocivas y soportar las molestias; convencidos de que lo único que importa para la familia es el Bien. Es la virtud de la fortaleza la que llevará a los padres a pensar en lo que es mejor para los hijos e intentar lograr que ellos lo vean también así.

Del hecho de tener que sufrir en nombre del bien, podemos ver cómo se dividen los tipos de molestias: *las que son objetivamente un mal y las que molestan por no adaptarse al propio modo de ser*. Sea cual sea el tipo, una de las virtudes a cultivar para resistir las molestias, cuando el bien tarda en llegar, es la virtud de la *longanimidad*.

Ahora, complementando el resistir, surge el *atacar*. Cuando el hombre ataca el mal se está mostrando como un ser capaz de tener esperanza en el futuro. Para acometer, hace falta reconocer la meta, pero también las capacidades y cualidades propias. De lo contrario los padres y los hijos pueden caer en la superficialidad de la vida o en la mediocridad. Lo que se busca, es padres que se esfuercen en la búsqueda de la verdad, del bien, incluso con sacrificio.

Se ataca, cuando en la búsqueda del bien, la familia vive la virtud de la magnanimidad, que ayuda a emprender obras grandes de auténtico valor. La magnanimidad ayuda a descubrir lo positivo en los demás. Es evidente que si los padres actúan así, los hijos van a reconocer con más facilidad lo que es realmente bueno y además aprenderán a apreciarlo. Educar bien requiere sacrificio. Tener cuidado con no sacrificar el bien por la “paz”. Significa esforzarse con la cabeza en descubrir el bien y saber que en la vida se trata de acometer empresas grandes.

Finalmente, es preciso reconocer que la timidez y la cobardía, la impasibilidad o indiferencia son vicios que se oponen a la virtud de la fortaleza y que impiden el reconocimiento del bien.

II

La segunda parte del libro centra la atención en aspectos más operativos, para tener criterio sobre lo que significa “exigir”,

cómo exigir, y cuáles son los problemas principales para aplicarlos adecuadamente a los hijos y las hijas. Ellos tienen derecho a ser exigidos, pues mediante la exigencia adecuada y de acuerdo a su edad desarrollarán hábitos. Recordemos que Educar es un proceso gradual de interiorización de valores. Se debe exigir en el hacer y luego en el pensar. Formar el uso de la recta razón y de la recta voluntad en los hijos y las hijas.

Las motivaciones para exigir

Diversos son los motivos para exigir, entre ellos tenemos: Los padres y los educadores prefieren alejar al hijo del mal para que se maneje entre lo bueno y lo mejor, de tal manera que el hijo sepa en qué momento debe decir que no y en qué momento debe decir que sí. También para crear hábitos, en principio sin mucho sentido para el hijo, para luego estar en condiciones de dar a estos actos mayor intensidad y relacionarlos con motivos más adecuados; por lo tanto, podemos afirmar que los hijos necesitan la exigencia de sus padres para poder mejorar. Los autores dicen: “Por eso los padres deben considerarse directivos, responsables de la educación de sus hijos con una obligación de exigir a cada hijo según sus capacidades y cualidades, deberían exigirles en el hacer para que vayan preparándose para poder desarrollar las virtudes y luego exigirles en el pensar a fin de que estas virtudes se llenen de sentido” (p. 91).

La exigencia y las edades

Todos nacemos con cualidades innatas, relacionadas con el bien aunque no seamos conscientes de ello. Esto es más evidente en los niños. Aunque hasta los siete años los

niños no se dan cuenta racionalmente porqué hacen las cosas. Sin embargo, habrá que ir preparando la inteligencia y la voluntad para que más adelante logren la vivencia de actos relacionados con el bien. He allí la importancia de mandar a los hijos, para que aprendan a desarrollar determinados hábitos necesarios para encontrar y practicar el bien. Precisa saber entonces, que los hijos pequeños adquieren hábitos por obediencia.

Cuando van haciéndose mayores (8 a 12 años), lo importante para ellos son las reglas de juego establecidas.

La exigencia y la vivencia de los valores es un proceso gradual que va del hacer – exigencia externa–, hasta el pensar – exigencia interior personal consciente–, para que los hijos tomen sus propias decisiones, de forma coherente con los valores del espíritu. Los niños deben obedecer a sus padres en todo lo que es razonable y justo; por lo tanto, los padres lo que manden o exijan debe ser razonable y justo. Exigir en el hacer y en el pensar, sí; pero con criterio y sensatez.

La exigencia en el hacer y en el pensar – hacer

El proceso del hacer tiene dos partes: Primero, decir lo que se espera de alguien; y, segundo, asegurarse de que el otro cumpla.

El modo de exigir se relacionará con el estilo de los padres, y se espera que sea del modo adecuado y con las características de cada hijo. Sin embargo, se pueden establecer algunos criterios:

1. Exigir en pocas cosas.
2. La manera de comunicar al hijo para que haga algo: mandar, sugerir, invitar.
3. Exigir en el momento oportuno.
4. Enseñarles bien lo que deben hacer antes de exigirlo.

5. Mostrar interés en lo que están haciendo.

6. Explicar los motivos que tenemos todos para obedecer.

7. Recordar e insistir cuando sea necesario. Ser perseverante.

Exigir en el pensar requiere un proceso de aclaración de los problemas relacionados con el hijo, para que él mismo pueda tomar decisiones acertadas en cada caso. El hijo tiene que conocerse a sí mismo en relación con lo que le hace falta para desarrollarse como persona. Además, debe ser consciente de su capacidad real: para distinguir entre hechos y opiniones, importante y secundario, saber su capacidad de análisis, capacidad de relacionar la causa y el efecto. Por ello, los padres han de enseñar a los hijos a razonar adecuadamente. Destacar lo positivo, luego explicar lo mejorable. Es mejor y conveniente tener paciencia, que esperar resultados rápidos. Basarse en la sinceridad que el hijo está acostumbrado desde pequeño a vivirla facilita brindar la orientación adecuada que necesita.

Exigir en el hacer. Los hijos deben cumplir las normas. Todas las normas de comportamiento que se exigen en una familia deben poder justificarse en función de algún valor importante.

Progresivamente, los hijos irán conociendo el porqué del comportamiento y los padres se lo explicarán y al comprender van a querer practicarlos según su edad dándole el valor correspondiente. En general se nota que los padres exigen poco a los hijos en la práctica de los valores como por ejemplo: horarios, ayudar en casa, estudios, manera de vestir, el uso del tiempo, sobriedad en el gasto del dinero. Otros conocimientos fundamentales que necesitan los hijos estarán

relacionados con los valores, conocerlos desde pequeños y vivirlos; no olvidando educarlos en la libertad, formando el uso de la recta razón y de la recta voluntad, esta es la misión de la familia y la escuela.

Motivaciones de los hijos y algunos problemas frecuentes

La motivación básica para obedecer es la de que un hijo debe confiar que lo que le mandan sus padres es para su bien. En esta motivación deben basarse todas las demás. Es importante también conocer cuáles han sido nuestras acciones motivadoras. Nos dicen Isaacs y Abril: “La actuación adecuada dependerá de la edad del hijo, de su carácter, de lo que se le quiere mandar, evitando en todo lo posible, el uso de amenazas, castigos y premios materiales exagerados. La motivación también está relacionada con el ambiente de exigencia en el hogar manifestado en dos aspectos: *la actitud de confianza* por parte de los padres en que sus hijos van a cumplir con lo encomendado y *el ejemplo de la auto exigencia*” (p.129).

Los hijos deben a sus padres obediencia llena de amor y cariño como expresión de cumplir el cuarto mandamiento. Por tanto, padres, al exigir es mejor dar motivos razonables y justos, hacerlo con alegría optimismo y buen humor y esforzarse por ser mejor cada día. En las familias se pueden encontrar problemas en relación a: cumplimiento de las normas, comportamientos exigidos, actuación de los padres y también de los hijos. Muchas veces estos no siempre van a cumplir las distintas normas dadas por los padres, es posible que no sean todavía conscientes de lo que sus padres esperan de ellos. En relación a la actuación de los padres uno de los problemas más frecuentes es la falta de coherencia en

sus vidas, por este motivo se crea un clima en el que los hijos no entienden la importancia de las normas.

En cuanto a la actuación de los hijos los problemas se suscitan cuando no captan bien los valores que hay detrás de los comportamientos exigidos y por lo tanto no van a cumplir bien las normas. Sin embargo, ante estos problemas el libro ofrece algunas sugerencias: Preocuparse por la actuación coherente, revisar la normativa establecida (considerando en qué grado es posible justificarla en función de que valor), asegurarse de que esta normativa la conozcan bien los hijos, conocer y tratar a cada hijo personalmente, crear actividades y acoger iniciativas personales (con la finalidad de lograr una mayor integración y valoren más lo que hacen y lo que tienen), conocer el comportamiento de los hijos en distintos ambientes y coordinar los esfuerzos con los profesores del colegio.

III

Los autores se centran en la parte tercera en los problemas típicos de los niños hasta los trece años, en el tiempo libre, en el servicio a los demás y en la convivencia familiar; problemas o posibilidades en la educación de los hijos que requieren valentía en los padres con la finalidad de que los hijos sean felices en la vida sabiendo y practicando lo que es bueno.

Orden

Conviene considerar el *orden* en relación con la eficacia o como algo necesario para lograr unas condiciones mínimas de convivencia. Son tres los ámbitos en que se puede vivir esta virtud: organización de las

cosas, distribución del tiempo y realización de actividades.

Organización de las cosas.

Se trata de enseñar a los hijos a colocarlas de acuerdo con unas normas lógicas. Este orden tiene dos finalidades: Primero, guardar las cosas bien para que no se malogren; y, segundo, guardarlas de tal manera que se puedan encontrar en el momento oportuno. Sugerencias concretas para lograr que los hijos coloquen las cosas en su sitio: Decirles cuál es el sitio para cada cosa, exigirles perseverantemente, para que coloquen las cosas siempre en su sitio, en qué momento debe colocarlas, dejarles libremente que ellos con su propio sistema ordenen sus cosas, organizar actividades de orden en familia, etc.

La distribución del tiempo

Se trata de coordinar el desarrollo de unas actividades de todos los días con las actividades que tienen un desarrollo continuo en un tiempo determinado.

La realización de las actividades.

Al realizar actividades que tienen como finalidad distraer, educar; no se debe exigir un comportamiento rígido. Más bien tratar de evitar el mal uso de los objetos sin impedir el desarrollo de la imaginación del niño. Cuando los niños son pequeños, los padres tendrán que exigirles mucho para que cumplan con una serie de actividades relacionadas con la virtud del orden, pero también tendrán que informarle sistemáticamente. Los padres al reconocer los méritos de cada hijo están reforzando su autoestima y les ayudan a ser felices.

Servicio a los demás

La rutina en la vida cotidiana puede limitar a la familia hacer el bien a los demás. Superar la rutina requiere esfuerzo especial por parte de los padres para pensar en qué podrían hacer y cómo hacer para ayudar a sus hijos a descubrir la satisfacción de la entrega personal a los demás. Los padres deben dar a sus hijos ejemplos de vidas reales de distintas partes del mundo, en la que los padres han organizado algo con sus hijos para ponerles en contacto con alguien enfermo, solo o anciano o con alguien que sufre. De tal manera que los hijos vean que ayudar a los demás nos da alegría.

El uso del tiempo libre

Tres temas abordan los autores en relación al buen uso del tiempo libre: televisión, lecturas y salidas culturales.

La televisión.

En el uso de la televisión los padres deben tener en cuenta los objetivos que se buscan con este medio, las dificultades típicas que su buen uso suponen. Algunos objetivos que se podrían lograr a través de este medio:

- ✓ Descansar y divertirse.
- ✓ Desarrollar algunas actividades mentales en programas previstos para ello.
- ✓ Estar al día en temas de actualidad.
- ✓ Conocer la realidad respecto a diferentes aspectos del mundo: Geografía, Historia, Ciencias naturales, etc.

- ✓ Servir de base de discusión y análisis crítico.

En casi todos estos objetivos se requiere la presencia de los padres. Esta es una dificultad. Otras dificultades en relación con este medio son: mucho tiempo dedicado a ver programas innecesarios debido a sus contenidos, mensajes y anti valores que emiten, otro está en tener muchos televisores en casa, etc.

Los inconvenientes superan las ventajas en el uso de este medio. Sin embargo los padres deben orientar a sus hijos desde pequeños a hacer uso del tiempo libre *dedicándose más a la familia, creando espacios de dialogo en familia, leer más y ver menos televisión*. Los padres deben prestar atención a este aspecto del tiempo libre de los hijos de ocho a trece años especialmente. Requiere esfuerzo e imaginación pero vale la pena.

La lectura

Para estimular la lectura en los hijos lo que hace falta es descubrir porqué es importante. La lectura proporciona las siguientes posibilidades:

- ✓ Introducir al hijo en distintos mundos, de fantasía, de tragedia, de belleza, etc.
- ✓ Proporcionar la base para el desarrollo de la capacidad crítica que surgirá conscientemente en la adolescencia.
- ✓ Enriquecer su mundo interior.
- ✓ Aumentar su vocabulario y sus conocimientos.
- ✓ Existen también dificultades en torno a la lectura: no se encuentran libros adecuados a la edad del niño, no

es fácil lograr el hábito de leer en los hijos, etc. Sin embargo, las ventajas son muy superiores a las dificultades. Algunas sugerencias podrían ser:

- ✓ Leerles cuentos, repetirles, para que se acostumbren a escuchar.
- ✓ Ayudarles a leer poesía y memorizar aquellas poesías que más les gusten.
- ✓ Comentar con ellos el contenido de los libros que leen.

Salidas culturales.

Sólo habrá una auténtica calidad de educación familiar si los padres gastan estos esfuerzos buscando el bien de sus hijos. Por tanto los padres deben de motivar las salidas familiares para aprender juntos; pero también apoyar las actividades escolares organizadas para tal fin, de tal manera que los hijos se relacionen sanamente con otros jóvenes de su misma edad.

Sugerencias para los hijos adolescentes

Se aborda en esta parte situaciones típicas de los adolescentes que preocupan mucho a los padres y también de aquellas que no preocupan tanto, pero que deberían preocupar más a los papás aun cuando esta tarea les requiera valentía para tomar medidas con el fin de buscar el auténtico bien de sus hijos.

La participación en la vida de la familia

Los adolescentes pasan más tiempo fuera de la casa que dentro, dedicando el tiempo a los amigos, en la calle, en el club, etc. Sin embargo, ellos necesitan de la familia para lograr un desarrollo psicológico equilibrado y también la familia necesita de

ellos. Isaccs y Abril, nos proponen algunos criterios para favorecer la participación. Es importantísimo que los padres deban hacerles participar de manera consultiva, en alguna toma de decisiones en la vida familiar, pero no en todos los temas ni a todos los hijos por igual. Se sugieren cuatro criterios que ayudarán a los padres a decidir en qué momento conviene estimular la participación de los hijos:

1. El grado de competencia en el tema que se va a tratar.
2. El grado en que el hijo haya captado e interiorizado los valores familiares.
3. El grado de responsabilidad de cada hijo.
4. El grado en que le puede afectar personalmente el tema a tratar.

La participación en grupo e individual.

Los padres pueden tomar una decisión consensuada con uno solo, con varios, o con todos, etc. Dependerá, en gran parte, de la naturaleza del tema y el grado en que afecta a cada uno.

Algunas diversiones de los hijos

Los papás deben saber qué es lo más importante en el momento de autorizar, promover o controlar y sobre todo, cuándo prohibir a los hijos dichas actividades. Deben, ante todo, promover aquellas actividades o actuaciones que ayudan al joven a alcanzar una mayor madurez personal. Autorizar aquellas que son positivas en su planteamiento. Prohibir aquellas que puedan causar un daño moral o físico importante. Los temas en los que los padres tienen que aplicar lo antes mencionado serían por ejemplo:

horarios salida y llegada a casa, amistades, vacaciones, etc.

El uso del dinero

El dinero es un medio importante. Se puede utilizar el dinero bien o se puede gastarlo mal. En este tema los padres deben ser valientes para enseñar a los hijos a hacer buen uso del dinero, con la finalidad de buscar el bien para ellos. Los padres deben enseñarles a valorar los recursos materiales explicándoles la finalidad y el costo de las cosas. Según la edad y madurez se les explicará el presupuesto familiar para que sepan cuánto vale la comida y otros gastos habituales, de tal manera que sean cada vez más conscientes al pedir algo. Enseñarles a dominar sus caprichos con más o menos alegrías. Reconocer las necesidades de los demás en comparación con las propias. Enseñarles a dar, a compartir. Este es pues, un libro imprescindible para los padres de familia en el mundo de hoy.